

CONSENTIMIENTO

Mario Alberto Caro Meléndez / Facultad de Derecho

(Mención)

No existe Dios. Pero hubiera sido grandioso haber podido conocer uno. Aquí todos somos humanos.

— ¡Orden, orden! —clamaba a grandes voces el anciano aquél, que a pesar de su avanzada edad conservaba en buen estado los pulmones—, ¡orden, silencio! —y elevaba agitadamente sus manos, tratando en vano de imponerse, pues el barullo, lejos de disminuir, aumentaba incesantemente, y los hombres discutían cada vez con más ardor, no siendo raras ya, —a estas alturas, las palabras altisonantes y los rostros congestionados, mientras los ojos echaban chispas como tratando de aniquilar así a sus interlocutores, y los puños se cerraban inconscientemente, en un rictus de furia e ira—, ¡basta, silencio! —gritaba fuertemente, aspirando a grandes bocanadas el aire viciado y lleno del humo de los cigarrillos.

El acusado, en cambio, sentado allí en el rincón derecho en esa silla rústica y gastada, conservaba una postura serena y calmada, respirando acompasadamente, con su rostro inexpresivo, sus labios sellados, sus ojos ausentes. Que los hombres decidían a grandes voces su suerte, eso parecía no importarle; que pusieran tanto empeño en una decisión que para él era vital, le tenía sin cuidado. Conservaba la mirada del que, paseando hastiado por las calles, se detiene momentáneamente para contemplar una pelea de perros; para reanudar su paseo más hastiado aún, con los ojos perdidos, decidido a no ver nada, y conservando en su cerebro una leve impresión de mordiscos y ladridos, de animales estúpidos atacándose unos a otros. El anciano, cansado ya de sus vanas tentativas de imponer silencio y orden, se había aplastado en un sillón, estirando hacia adelante los pies y limpiándose con su pañuelo el sudor que le inundaba la frente, mejillas y cuello, pues el calor era insoportable.

“Pintoresco pueblo de nuestro país, situado en una de las zonas más calurosas. Su atracción son los productos de alfarería. Camino de tierra.”

— ¡Maldito pueblo —dije sin mover los labios—, maldito pueblo! Volví a pensar. No sólo el calor me tenía hecho un asco, pues no me habían permitido ni tomar un baño, sino que a ello había que agregar esa barahúnda infernal, esa discusión desaforada, esos gritos destemplados; sentía cada vez con mayor vigor esos vértigos que periódicamente, desde hacía por lo menos media hora, me atacaban: la cabeza me daba vueltas y todo empezaba a girar, yo me sentía doblegar, y luego las figuras se detenían lentamente, como los tíovivos en las ferias.

“No vayas —me habían dicho mis amigos—, es uno de esos pueblos olvidados de Dios.” Pero yo, después de múltiples vacilaciones, pues nunca he

podido tomar una decisión de un solo golpe, finalmente me había empeñado en llevar a cabo ese viaje; ya desde el camino me había arrepentido de esa decisión —como en lo general me sucede—, pues por ser tiempo seco, cosa que no preví, el polvo se levantaba en grandes nubes que inundaba todo el coche, se adhería en una delgada capa a mi ropa y me hacía pegajoso el rostro (que ahora se marcaba por los surcos que abría el sudor que se desprendía del cabello y frente, para caer, después de su corto viaje, en tibias gotas terrosas, turbias), pastosa la boca y me obligaba continuamente a toser con fuerza para desalojar de mi garganta ese polvo tenaz y persistente, que por más esfuerzos que hacía nunca lograba expulsar definitivamente. La camisa, y ahora lo volvía a notar por enésima vez, formaba una sola pieza con la camiseta, que pegadas al cuerpo, exhalaban un vaho invisible y un característico olor que no me hubiera favorecido mucho en la ciudad. Si al menos me hubieran permitido tomar un baño y cambiarme de ropa. Pero no, en cuanto llegué está maldita gente. . . ¿Qué tanto me verá ese hombre? Tal parece que quiere traspasarme el cerebro; ¡ah, no! , no basta todo ese cúmulo de incomodidades con las que todo viajero hubiera llegado a cualquier pueblo echando pestes, sino que a todo ello, para colmo, para gran colmo, ¡hay que agregar esto, esto!

La batahola disminuyó un poco cuando en el recinto penetró Andrés, que como siempre, con sus imprescindibles y ajustados pantalones vaqueros y sus botas cow-boy, esbozaba su amplia y cínica sonrisa, enseñando un poco los dientes; plantándose en medio del salón y ajustándose un poco el sombrero, logró al cabo lo que el anciano tanto había intentado inútilmente: todos fueron enmudeciendo y poco a poco el silencio se impuso; no era que esperaran sus palabras, sino que sabían que si Andrés actuaba de ese modo, era para hacer algo que directa o indirectamente afectaría el asunto que se encontraban tratando; esta vez, después de esperar que el silencio fuera completo, exclamó con ironía:

— ¡Perdonen que interrumpa! , pero vengo a llevarme al preso, pues pasa ya del mediodía y es hora de que tome sus alimentos; como no puede hacerlo aquí, es necesario conducirlo a la cárcel.

Nadie dijo nada, y sólo se escuchó la sonoridad de los pasos de Andrés, que consciente de la atención que despertaba todo aquel que se dirigía directamente al reo, lenta y solemnemente se encaminaba al rincón (era claro que si la gente no hablaba, este pueblo parecería cementerio, y sus habitantes sombras errantes); cuando se llegó ante el acusado, sin decir palabra, con un significativo movimiento de la cabeza le indicó que lo acompañara; aquél irguióse lentamente y con pasos seguros y firmes, sin vacilaciones, salió al lado de su conducente; no se le veía ninguna alteración, ni en el cuerpo ni en el rostro, y podría decirse, observándolo con atención, que su apariencia era del que ni está interesado ni está totalmente ausente.

Intenté yo también levantarme y retirarme, mas al instante, al oír el ruido que produjo al mover la silla, varios rostros se volvieron clavando en mí dura y ferozmente sus miradas, y por un momento dudé si no sería yo el prisionero de aquella gente; comprendí que no me permitirían salir, y me dejé caer de nuevo, abatido y cansado, sobre esa silla de madera dura; eso pareció tranquilizarlos un poco, y la mayoría procedió también a ocupar sus lugares. A todos se les veía cansados, agotados, casi exhaustos. Mas a ninguno se le ocurrió suspender el asunto e ir a tomar alimentos, o bien descansar un poco y estirar los huesos que a cada momento hacían tronar. La discusión, que se había alargado demasiado sin conducirles a la respuesta definitiva, se había hecho estéril y los había insensibilizado. Si esto continuaba así pronto empezarían a decaer los ánimos —como ya se veía en algunos—, los rostros se

estirarían y las pocas energías restantes se gastarían inútilmente; acordándose después de su mujer, de su tranquila casa y la mesa puesta y limpia, se excusarían, primero uno y luego dos, y poco a poco irían abandonando todos el local, para finalmente declarar los que restaban que, en vista de que la mayoría de los ciudadanos se habían retirado, y aún no se llegaba a un acuerdo, se suspendía la cuestión para iniciarla de nuevo mañana, a temprana hora, y rogando a todos su puntual asistencia y que les comunicaran a los demás este citatorio. ¡No! , definitivamente no, había que evitar a toda costa que esto sucediera, pues no soportaría una nueva sesión como la sufrida desde horas antes; la sola visión de verme al día siguiente sentado en esta silla, con los murmullos alrededor, las miradas fijas en mí, la monótona voz del dirigente ordenando y repitiendo por centésima vez lo que se había dicho miles de veces, me aterra y llena de angustia. Porque sé que, no obstante esta mi “decidida” oposición a sufrir mañana la reiniciación de este proceso, si los hechos se suceden y me dicen, clavando en mí sus ojos, que mañana a las nueve tengo que presentarme, sólo agacharé la cabeza y murmuraré por lo bajo un “sí”, esto me hizo desesperar aún más, y el deseo —al menos la esperanza me podía permitir—, de que no sucediera así, me empujó a decirles, haciendo acopio de fuerzas y resignación:

—Bien, bien, bien (inmediatamente mi pierna derecha, encimada a la izquierda, se puso a balancearse, para atrás y adelante, delante y atrás), un momento, por favor. . . Señores, esto se está alargando demasiado y no se llega a ninguna conclusión (varios rostros asentaron afirmativamente, mirando a sus vecinos). En cuanto a los. . . hechos, los antecedentes, me parece que ya han sido lo suficientemente expuestos, ya todos sabemos, en otras palabras, cuáles son las causas por las que estamos aquí dispuestos a sentenciar a ese hombre. Ahora bien, no obstante no haber estado yo aquí desde el principio, me parece que ya se ha discutido bastante y que ya es posible tomar una decisión. Esta decisión puede ser tomada, conforme a lo que he visto aquí, por una simple votación; así pues, les ruego, digo, les propongo, hagamos esa votación para terminar ya con este asunto.

Nunca he sido bueno para hablar en público, pero esas simples palabras pronunciadas tan torpemente, en esas circunstancias eran semillas en tierra fértil. todos estuvieron de acuerdo en que se procediera a la votación. Sólo rogaba una cosa, una cosa en lo mas íntimo de mi ser: que no fuera a ser el mismo resultado de la anterior votación.

Uno a uno fueron colocando sus papeletas sobre la mesa, —sencillo sistema el de este pueblo donde había caído—, hasta que se formó el montoncito indicador de que ya todos habían depositado su decisión. ¡Qué extraño que ese rimajo de papeles decidiera la vida de un hombre! Luego, los interminables minutos en que el designado va separando las papeletas, las divide en dos montoncitos, uno a la derecha, otro a la izquierda; un papel para allá, un papel para acá, con las respectivas anotaciones en el cuaderno; un sí, un no; uno que acorta la vida del hombre, otro que la alarga, y finalmente la suma, con la estúpida palabra que pronuncia el designado, mirándome directamente a los ojos: “EMPATE”.

“Trágame, tierra. Gente idiota, necia, testaruda; no cambian de parecer.” Y claro, no podía faltar quien se diera cuenta, y abro los ojos al oír la impertinente observación:

—El señor no ha votado. . .

—¿Pero, no ha votado? , deja caer su reproche, más que su pregunta, el dirigente. Ya se reúnen dos o tres en torno mío.

—Pero si para eso lo hemos llamado, señor, para que nos ayude, continúa recriminándome.



—No, no he votado —empiezo a decir lentamente, sintiendo lo amargo de mi boca y pensando en cuán elegantemente le llama a ser arrastrado, aún antes de poner pie en tierra, a esta pocilga —no puedo votar. . . en estas condiciones. . .

—Pero le falta algo, ¿señor? —exclama incrédulamente.

—No, no (no podía faltar nada, por supuesto. ¿Para qué complicarse?) Sólo desearía. . . un poco más de calma, pensarlo más.

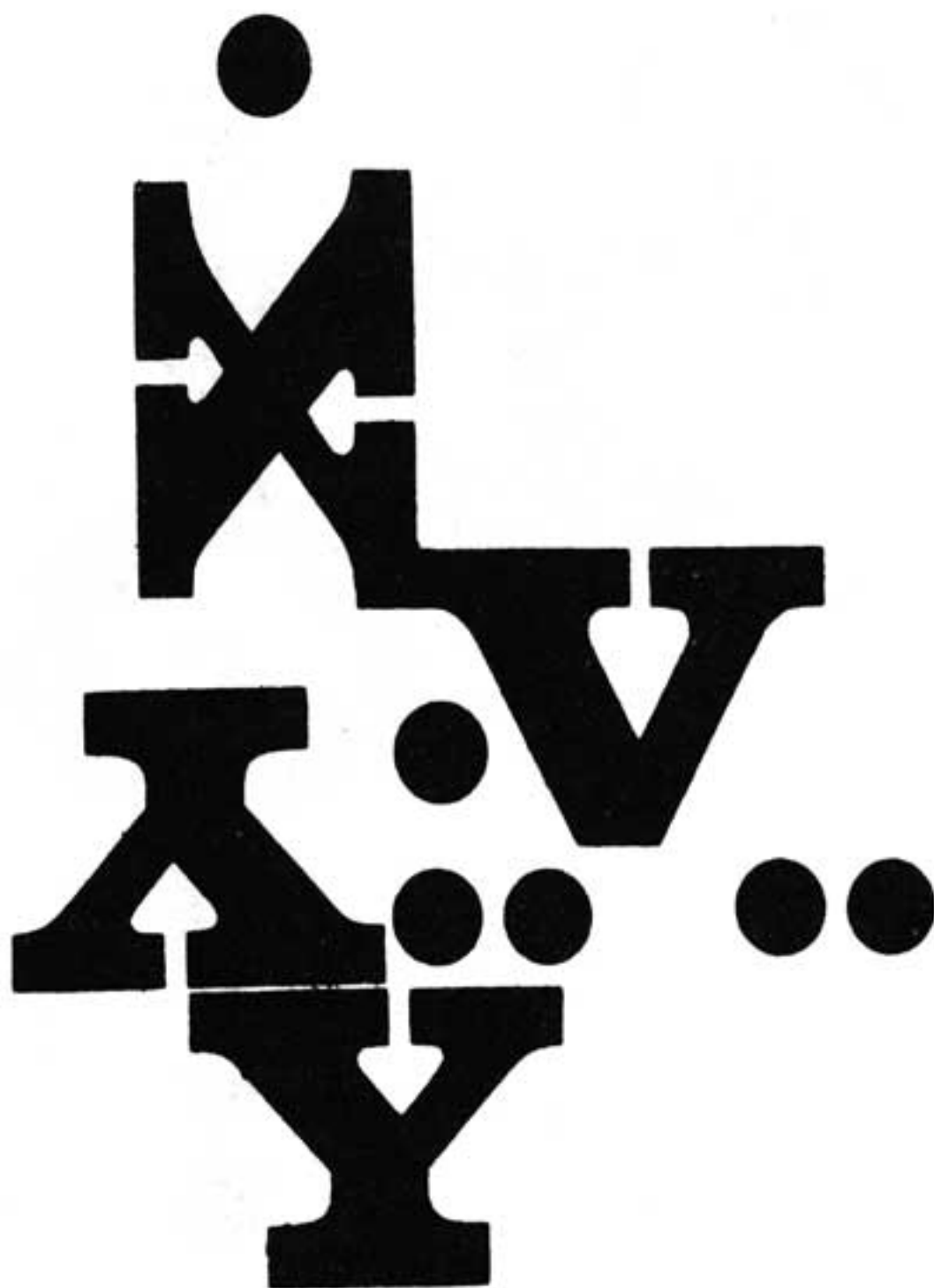
— ¡Mm-m! —el hombrecillo permanecía en silencio, devanándose los sesos por encontrar la solución—, ¿sabe qué? —dijo al cabo de unos instantes—, vamos a descansar dos horas, mismas que usted aprovechará para, como dice, pensarlo mejor, para que tome su decisión y concluyamos esto. Puede pasar a la pieza de enseguida, que está aquí a la vuelta; es fresca y nadie le molestará. Le llamaremos a las seis, ¿está bien?

¿Qué podía hacer? —está bien—; asenté.

—Carlos —llamó a un muchacho—, conduce al señor a la oficina.

Todavía alcancé a oír, mientras salía, que se suspendía durante dos horas “el asunto”, y que estuvieran todos allí a las seis, pues para entonces yo ya me habría decidido.

.
—¿Más fresco, eh? ¿Que será caluroso para estas gentes? ¡Oh, basta ya! Estoy harto. ¿Y cómo estará él? ¿Será más fresca su celda? ¡Qué altivez y serenidad guardaba allí! Ahora que está a solas, ¿estará desesperado? ¡Maldita sea! ¡Maldita gente! Si todavía ni me bajaba del coche para cuando ya me habían embarullado. ¿Me estarían esperando? Han de haber visto el polvo del camino. Aunque sólo necesitaban al primero que llegara, lo mismo



le podría haber tocado a otro. Sonríeles y estarás perdido. Y fue lo que hice yo, estúpido, corresponder a su sonrisa: “Estamos empatados en un asunto, señor. Queremos que usted nos ayude.” “Sí, cómo no, ¿De qué se trata?” “Acompáñenos, por favor.” Y luego que siguen tercios en su votación. Continúan empatados, los muy idiotas; y sé que no me soltarán hasta que no les diga algo, sobre todo ahora que se dieron cuenta de que no voté.

¿De dónde habrá salido esta gente? Según ellos lo tienen perfectamente decidido, lo único que falta es ponerse de acuerdo. . . y resulta que yo soy el que va a ponerlos de acuerdo. Si ya lo decidió cada quién. . . pero no, necesitan el desempate, la decisión que determine cuál es la mayoría.

¿Y qué les voy a decir? Yo, que ni siquiera conozco al reo, ¿que soy un extraño en este pueblo? ¿Cómo les voy a decir: mátenlo, o déjenlo? ¿Y cómo le diría a él: “Que te maten, que te dejen?” ¿Qué derecho tengo? ¡Maldita gente, maldito calor! . . . ¡Sí, la vida de un hombre depende de mi boca, y me molesta el calor! . . . ¡Pero lo cierto es que me molesta, y que estoy harto de esto! ¿Para qué vendría aquí? . . . ¡Ts! , de nada sirven las evasivas. Lo cierto es que estoy aquí y que tengo que decidir esto. Bien. Procedamos con calma. Si ese individuo, siendo quien sea, comete en cualquier pueblo cualquier delito, siempre será castigado. Bien. Ya había presenciado esto, pero ahora me corresponde a mí establecer el castigo. Se dividen las opiniones entre fusilarlo o no. Se trata de complacer a uno u otro bando. . . ¡Qué complacer ni qué. . .! ¿Cómo voy yo a establecer una u otra cosa? ¿Cómo voy a disponer de su vida, si ni siquiera lo conozco? Y aun cuando lo conociera, no puedo disponer de su vida. . . aunque. . . ¿quién sabe? ¿Por qué no? Si la mitad está dispuesta a hacerlo. . . Además, tengo el

poder necesario para ello, y la respuesta es corta; yo no metería las mano para nada, sólo diría: "Fusílenlo." (Cierto, amigos, se me dificulta mucho decidirme, pero si supieran ustedes la decisión que tomé una vez!); no hay nada ni nadie que me lo reprochara: obro conforme a las costumbres de este lugar, y ¿quién se entera de lo que sucede en este pueblo abandonado?

Eso, eso es. Una oportunidad como ésta no se me vuelve a presentar.

Hay que pensarlo, hay que pensarlo.

Sí, ya veo. Tal parece que matar a un hombre es lo mismo que aplastar a un gusano, tan fácil puede uno decidirlo. ! Ts! Ni es tanto el hombre, ni lo conozco; es el hecho de privarle la vida, de quitarle la existencia.

No, no puedo ordenar que lo fusilen. ¡Ah! ¿le salvaré la vida por exclusión? Tal parece que eso será lo que decida: no lo maten.

Estoy cansado. Y luego: ¿para qué querrá la vida? Si uno, que puede conocer más, que puede hacer más, no hace nada, no es nada: ¿qué puede esperar él, qué habrá hecho, en este mísero pueblo? Hablar de la existencia aquí es irrisorio. Allí están sus conciudadanos: encerrados en la idea de que este hombre ha cometido un delito y por ello debe ser castigado, incluso ser privado de la vida. . . ¿y no violaría sus costumbres en un vano intento desesperado por asir algo más, por salir de la modorra de este pueblo ahogado? ¿No será que ha violado la muerte de sus habitantes? , y le dan la muerte: quieren hacerlo semejante a ellos. Y a mí me corresponde decidirlo. . . No, no les complaceré; y ahí está la otra mitad, que le da la vida; siempre hay el polo contrapuesto. Lo castigarán de otra manera, pero le conceden la vida. . . bueno, y: ¿quién soy yo para concederle la vida? ¿Qué derecho o facultad tengo? Si dudo de que alguna potencia divina nos dé la vida. ¿por qué o quién soy yo para otorgársela? Cada quién se da la vida, en cuanto quiere seguir viviendo, y el único autorizado para privársela es uno mismo.

¿Cómo voy a sujetarlo a mi voluntad? . . .

No puedo concederle la vida. No puedo.

. . . ¿Y qué les diré?

— ¿Cómo?

— Sí, señor, que ya son las seis. ¿Le pasa algo?

— No . . . nada. — Abro la puerta: — ¿Tan tarde es ya?

— Sí, señor. Creímos le había pasado algo, pues teníamos rato tocando y no nos contestaba.

— No, . . . nada.

— Sólo lo están esperando a usted; desde hace bastante que llegaron todos.

¿Ya se decidió?

— Bien —dije—, haciendo un esfuerzo por desanudar mi garganta, —señores he aquí mi respuesta:

— ¡Perdonen que interrumpa! — irrumpió Andrés con agitada y estentórea voz y haciendo resonar sus tacones en la silenciosa estancia, —pero es que ya no tiene caso que esto continúe: el prisionero se ha privado de la vida en su celda, colgándose de una viga con el cinturón; el guardia acaba de descubrir el cuerpo balanceándose; al infeliz se le salían los ojos. . .

Inmediatamente se alzó un murmullo generalizado en la sala, que fue aumentando hasta convertirse en un feroz parloteo, donde todos gritaban a todos, haciendo bruscos ademanes, comentando con múltiples exclamaciones lo ocurrido; la mayoría corrió a rodear a Andrés, preguntándole por mil y un detalles, en tanto que otros salían apresuradamente, casi corriendo, para ir a contemplar al colgado.

Todos se habían olvidado de mí, ya mi presencia era completamente inútil. Iba retirándome, pasando inadvertido y a un lado de la gente, cuando sentí una mano sobre el hombro, que me detenía demandando mi atención; me devolví lentamente: era Andrés, que desembarazado momentáneamente del gentío, se había llegado hasta mí. Un raro brillo tenían sus ojos.

—Ya ve usted, —me dijo—, y sentí como que su voz provenía lejana, de muy lejos, como si apenas la pudiera oír. . . Llegó demasiado tarde; aunque: ¿para qué? Su decisión realmente. . . ¿cómo le diré? No importaba.

Aquí se detuvo, como esperando alguna respuesta de mi parte. Al verme impasible y mudo, bajó los ojos y dijo, en un susurro:

—Aunque. . . pudiera ser. . . quién sabe. . .

Tal vez iba a continuar hablándome, pero en ese momento fue nuevamente arrastrado al centro del barullo, abrumándolo de preguntas y comentarios. Salí de la estancia.

La luz me pegó en los ojos, y tuve que buscar el suelo; una bocanada de aire caliente y seco me abofeteó el rostro. Quise llorar y, levantando mis ojos, vi que una triste y desvalida ave dibujaba lentamente su silueta en el cielo.

